

EL GATO POCHO

De niño no le importaba que le dijeran gato, gato era su padre, gata su madre y gatos sus abuelos. También eran gatos sus maestros, sus compañeros de clase. Todos. Pero ya de joven vió que existían otros animales más interesantes que los gatos, o más fuertes, o más poderosos. Se preguntó por qué no había nacido león, o tigre, o elefante o tiburón. Pero también supo a esa edad que ser gato no lo podía cambiar por más que lo intentara. Entonces decidió ser un gato distinto, un gato preparado, un gato moderno. Y se puso a estudiar con ahínco en especial todo lo relacionado con la computación y los aparatos modernos. Su casa la llenó de I Pods, de usbes, de computadoras de mesa y portátiles, de cables, de discos sin grabar, de manuales. Definitivamente ahora aunque era un gato por su cuerpo, sus garras, sus grandes bigotes, sus ojos rasgados, su agilidad, sus sonidos propios, también era un gato distinto a todos los demás. Él era superior a todos, incluyendo a sus padres y demás parientes. Y esto lo decía sin falsa modestia. Por supuesto que una de sus metas que se forjó fue aprender perfectamente el inglés. Sin este idioma nada es posible, se dijo, y así, juntando peso sobre peso pudo pagarse el viaje de estudios a Boston, donde dicen que se habla el mejor inglés de América. El hubiera preferido ir a Inglaterra pero los fondos no le alcanzaron. De Boston trajo el idioma que ya dominaba muy bien y el amor, el amor por una gata norteamericana. Lucy se llamaba. Mailov y jani él le decía y ella contestaba suitjart y maijart. Pero tuvo que regresar a su país. Nada le gustaba de él, ni las gatitas que se le insinuaban, todas son muy prietas, aseguraba, ni la carne que comía. Cómo compararla con la carne de allá, esa sí es carne no que la de aquí...Ahora que ya gana más dinero compra todo de marca, americana por

supuesto. Con Lucy se comunica por mail o chat todos los días jurándole que la irá pronto a buscar, que le falta nadamás su tarjeta verde para poder trabajar allá. Y la tarjeta no se la daban por más vueltas que hacía. Ya había pagado a la embajada quien sabe cuantos dólares pidiendo información o yendo a ver si ya estaban sus papeles. En la embajada nada es gratis le decían, si quiere usted sentarse tiene que pagar, si quiere usted beber agua, tiene que pagar. Y se pagaba por las llamadas, por las fotos, por todo. Y ni así conseguía nada. Fue cuando se le prendió el foco. Ya sé porque no me la dan, es por ser un gato nomás. Tengo que cambiar esto urgentemente y no sólo para que le den ese permiso sino por tener una nueva personalidad. Decidió americanizar su nombre. Un amigo le dijo que se pusiera cat, que era muy fácil. Cat no le gustó. Quería conservar su nombre de gato pero que sonara a Norteamérica. Hizo combinaciones de letras, de sonidos. Escribía un nombre, dos, cinco, cien y ninguno le convencía. Al fin, después de una noche de insomnio encontró el nombre apropiado. Fue con un juez para pedir que le cambiaran el de gato por este nuevo apelativo. El juez le dijo que no estaba bien cambiar de nombres, que el nombre es el que nos da la forma de ser, que al cambiarlos ya somos otra cosa. El nombre es destino, confirmó, imitando a un psiquiatra que aseguraba que infancia es destino. Si te cambian el nombre de gato por el de orangután tienes que ser otra cosa, si te pones árbol te convertirás en eso. No te lo cambies, le recomendó. No lo voy a cambiar totalmente, aseguró el gato, sólo lo voy a modificar tantito para que suene mejor. La palabra gato seguirá en mi nombre. Tú sabrás lo que haces, le dijo el juez. Mi trabajo lo haré aunque no esté de acuerdo. ¿Cuál nombre quieres ponerte? El gato lo dijo. Está bien, pero atente a las consecuencias. Cuando yo firme ya serás eso nuevo, ya no serás un gato normal. ¡Hágalo, por favor! Pidió el gato. El juez escribió y firmó. El gato, ya con otro nombre empezó a transformarse, del

color café fue pasando a un color rojo brillante, su piel, sus músculos, sus huesos se fueron licuando lentamente. Ya era otro. Lo que nunca sospechó el gato es que por este cambio iba a desaparecer de este mundo en segundos, o minutos. Y así le sucedió. Llegó un joven deportista que había corrido no sé cuantos kilómetros. Traía sed, mucha sed y cuando vio el Gatorade se lo tomó de un solo trago. Y sí, gatorade sonaba muy americano, en eso yo también estoy de acuerdo.

Tomás Urtusástegui

2005